

LAS HISTORIAS DEL TIEMPO

de Florencia Bonelli

Índice:

<i>Introducción: El tiempo y yo.</i>	1
<i>El aniversario.</i>	2
<i>El cumpleaños.</i>	4
<i>El bautismo.</i>	9
<i>El bar mitzvá</i>	15

El tiempo y yo

No le temo al paso del tiempo. Cuando era una niña, enfrascada en mis juegos, no me daba cuenta de que transcurría; un año parecía durar diez. En mi adolescencia, quería crecer para volar; me sentía atrapada. En mi juventud, me encontraba demasiado ocupada forjándome un futuro; me creía inmortal. Y ahora, con cuarenta y ocho años, mientras vivo en esta etapa en la que las semanas, los meses, los años pasan a gran velocidad y dejan huellas en mi rostro y en mi cuerpo, ¿a qué voy a temerle si me di cuenta de que el tiempo en realidad está de mi lado?

Me brindó la percepción profunda de mi ser de mujer, en cuerpo y carácter, y la plenitud en mi trabajo y en mis relaciones; y me ha permitido entender que las arrugas del rostro se combaten con cremas y disciplina, en tanto las del alma, las más importantes, con amor, el único sentimiento que hace digna la vida de ser vivida. Esto me ha dado el tiempo: un atisbo de sabiduría, una chispa de claridad y comprensión.

No en vano las culturas milenarias llamaban sabios a los viejos. La palabra sabio, que proviene del latín, significa juicioso, pero también refiere a lo que tiene gusto, a lo que es sabroso.

El tiempo, que nos vuelve sensatas, también nos sazona, nos da sabor, nos convierte en mujeres que somos la sal de la vida, y es ahí, desde mi punto de vista, donde radica la verdadera belleza, la que alcanzamos solo con el paso del tiempo.

Florencia Bonelli

El aniversario

En dos horas comenzarán a llegar los invitados a la celebración de nuestro aniversario. Humberto decidió tirar la casa por la ventana, y su entusiasmo me hizo sentir halagada. Contrató un servicio de catering, mozos y hasta un disc-jockey y un mago; alquiló mesas, mantelería y vajilla; plantó antorchas en la entrada de la casa y en el parque, e hizo decorar el living y el comedor con mis flores favoritas, rosas rosas y jazmines del cabo; después de cuarenta y dos años de casados, conoce mis preferencias, como yo las de él.

No consigo quitar la mirada del vestido que acabo de extender sobre la cama, el que luciré esta noche para Humberto, mi esposo. Largo hasta el suelo, en color marfil y embellecido con un fino trabajo de pedrería e hilos dorados, me atrae por su calidad etérea y delicada, y al mismo tiempo por su prestancia vanidosa. También están listos los zapatos de cabritilla manteca y las medias de lycra. Inspiro profundo para calmar la ansiedad.

Ocupo el taburete frente al tocador y analizo la imagen que me devuelve el espejo. Sin maquillaje, incluso sin cremas, saltan a la vista los defectos que sesenta años de exposición a los elementos han cincelado en mi rostro. Me inclino para analizar las arrugas que conozco de memoria: las del mentón, las del labio superior, la del entrecejo —esta fue la primera de la que tuve conciencia—, las patas de gallo, las líneas que nacen en la nariz y que mueren en las comisuras, y los párpados un poco caídos. Coloco el índice y el pulgar bajo la barbilla y aplasto la piel que, irremediablemente, vuelve a colgar.

Cae mi vista y se encuentra con los portarretratos que adornan el tocador, los que exponen las fotografías que deseo contemplar cada mañana y cada noche, mientras me limpio el cutis y me pongo las cremas. Me detengo en la de nuestra boda. Me coloco los anteojos y levanto el marco para estudiarla de cerca. Se me da por investigar una cuestión peculiar: a los veintidós años, ¿ya tenía ojeras? Ni la sombra, como sospechaba. No necesito preguntarme por qué me detengo en ese detalle; sé la respuesta. Vuelvo a mirarme en el espejo, sin temor. Las ojeras me nacieron de tanto llorar, es un hecho irrefutable, que tal vez la ciencia no sepa explicar, pero que yo afirmo con seguridad meridiana. Un día las descubrí, y enseguida supe que me las habían impreso las lágrimas derramadas. Son un tatuaje, un recordatorio del sufrimiento que Humberto me causó al enamorarse de una chica veinte años menor y abandonarme para casarse con ella. Estuvimos divorciados cuatro años, que no resto al declarar que hoy cumplimos cuarenta y dos de matrimonio. Ese lapso

constituyó un interludio al que bauticé “el Medioevo de mi vida” por oscuro y aterrador y del que, sin embargo, emergí purificada, más fuerte, más corajuda, más consciente de la parte de culpa que me cabía en el abandono de mi esposo, el padre de mis dos hijos.

¿Habría preferido no vivirlo? Por cierto que sí. No obstante aprendí a respetar esos cuatro años, ese intervalo que tiene el peso de un siglo. Fue el mojón que marcó un antes y un después, y que me permitió descubrir que no es el simple paso del tiempo el que nos convierte en personas más sabias ni mejores, sino el modo en que lo empleamos para resolver los desafíos que el destino nos echa a la cara, lo cual a veces resulta un ejercicio agotador. Apenas divorciada, me convencí de que mi tiempo había acabado. Me sumí en una profunda depresión, de la que emergí gracias al amor de mis hijos y de mi mejor amiga Tita y al apoyo de mi psicóloga.

Humberto volvió a mí cuatro años después, regresó a la mujer dieciocho años mayor, la de las arrugas, la del cuerpo con imperfecciones. Volvió a mí en el mejor momento de mi vida, cuando había aprendido a encontrar placer en mi propia compañía, en hallar alegría al descubrir un pimpollo en una de mis plantas o en las sonrisas desdentadas de mis nietos. Volvió a mí y me rogó perdón. Aquellos fueron días de tensiones y de cuestionamientos, de celos y replanteos. Fueron días difíciles que hoy prefiero no evocar. Finalmente le concedí el perdón y fui feliz. Inmensamente feliz. Pero lo habría sido también sin él. En honor a la verdad, tal vez sola nunca habría alcanzado la plenitud que siento desde que hemos vuelto a unirnos, pero de lo que estoy segura es de que si no hubiésemos atravesado el “Medioevo de mi vida”, nuestra pareja hoy no sería tan perfecta.

Aquel lejano día en el que me casé con el hombre al que amaba locamente, no imaginaba que el destino me tuviese preparada una sorpresa que me quitaría las ganas de vivir. Nadie nos advierte: “¡Ey! Debes saber que entre el nacimiento y la muerte hay de todo, cosas buenas y cosas malas. No les temas a las malas porque son ellas las que en verdad te enseñarán y te harán más sabio, eso sí, si eres lo suficientemente sensato para atravesarlas”.

Hace poco Tita me preguntó si en verdad superé el trauma que significó la traición de Humberto. ¿Qué es superar un trauma?, me pregunté. Es no tener miedo a que vuelva a ocurrir. Por lo tanto sí, lo he superado pues no dudo de la lealtad de Humberto ni temo que vuelva a engañarme; en especial, no le guardo rencor. ¿Cómo alcancé ese hito? ¿Cómo

sanó mi alma? Gracias al amor que recibí durante ese tiempo de tribulación y también, aunque se trate de un concepto trillado, al paso del tiempo, el cual cura todos los males. Y deja arrugas, es justo advertir.

Vuelvo a pasear la mirada por las fotografías que resumen la historia de mi vida y acabo fijándola en el espejo, en mi imagen de mujer sesentona. No me siento sesentona, y me importa un rábano lo que las arrugan griten a los cuatro vientos.

Se abre la puerta del baño y Humberto aparece con el pelo mojado y una toalla en torno a la cintura que lo cubre hasta las rodillas. Nuestras miradas se encuentran en el espejo. Me sonrío. Le sonrío, feliz, agradecida por el hombre que me permitió experimentar este sentimiento inexplicable que es el verdadero amor, y por haber sido el que me causó una herida tan profunda que me permitió descubrir la potencia que escondía, que soy capaz de sanar, de luchar como una leona, de vivir sin temerle a la vida.

Se acerca, se ubica detrás de mí. Nuestras miradas siguen entrelazadas. Se inclina, me besa el costado del cuello, inspira mi perfume –esta noche llevo su favorito-, y desliza las manos por el satén de mi bata hasta acunar mis pechos caídos, los que alimentaron a nuestros hijos. Es en estos momentos cuando menos sesentona me siento.

El cumpleaños

Hoy festejo mi cumpleaños, el número cuarenta y cinco de acuerdo con lo establecido en mi documento de identidad; el primero de mi nueva vida, la que comenzó la semana pasada cuando me dieron el alta después de un largo y penoso camino de enfermedad. Salí del consultorio con ganas de ponerme a dar saltos y gritos como el jugador que festeja un gol del campeonato mundial. Me contenía mientras avanzaba por el pasillo, aunque la felicidad se me escapaba en forma de lágrimas, tembleques y una respiración agitada. Caminaba hacia la salida y me reprimía. Vibraba de deseos de vociferarlo a los cuatro vientos.

Hasta que las vi, a mis amigas, a mis hermanas de la vida, a las cinco, no faltaba ninguna pese a que todas trabajan, tienen familias que atender y problemas que solucionar. Me detuve en seco, no me lo esperaba. Ahora me lo reprocho: ¿cómo había pensado que no estarían allí siendo que no me habían abandonado ni un instante en ese transitar? Porque le aseguro a quien no lo haya padecido, un instante en la vida de un enfermo equivale a un siglo para los demás mortales. Eso, diría Einstein, es la relatividad del tiempo.

Cuestión que allí estaban las cinco: Marta, Claudia, Silvia, Liliana y Gabriela. Nos miramos, ellas con ojos inquisitivos, los míos brillantes de lágrimas. Asentí, y los gritos y saltos que venía reprimiendo explotaron en sus gargantas. Corrí hacia ellas, y nos cerramos en un abrazo. Saltábamos al tiempo que hablábamos al unísono. Era tal mi alegría que ni siquiera me avergoncé cuando un guardia nos pidió que bajásemos la voz. Seguimos el festejo en la entrada de la clínica, y a los que pasaban y nos lanzaban vistazos extrañados, Silvia, la más atrevida, les soltaba: “¡Acaban de decirle que está completamente curada! ¡Que su corazón latirá por cien años más!” Yo, de naturaleza tímida y desconfiada, me asombraba de que su desfachatez solo me causase risa. Algunos transeúntes me felicitaban y me deseaban buenas cosas; a decir verdad, eran las mujeres las que lo hacían; los hombres seguían su camino sin verter palabra. Los hombres... En fin, mejor no hablemos del tema porque si lo traigo a colación tengo que hablar de mi ex, que me abandonó dos años atrás, cuando más lo necesitaba. Las ratas huyen del barco que naufraga, es todo lo que diré. Y también agregaré que este barco no naufragó.

Me pregunto si el simple transcurrir de nuestro tiempo como pareja habría evidenciado su naturaleza cobarde. ¿Será el caso que tendré que agradecer a la enfermedad por haberme ayudado, de un modo brutal, debo admitir, a sacarme de encima un gusano de esa calaña? Supongo que, tarde o temprano, habría mostrado la hilacha, más bien tarde que temprano si los inconvenientes de las cirugías, los perpetuos malestares, el cansancio infinito y la falta de deseo sexual no lo hubiesen espantado antes. ¿Cuánto tiempo me habría hecho perder para esa época? Porque ahora, que el tiempo ha adquirido una nueva dimensión, solo me importa vivir cada segundo como si fuese el último. Soy consciente de que mi salud puede volver a jugarme una mala pasada. La idea me inquieta, no voy a mentir, pero afrontaré el problema en caso de que se presente en lugar de preocuparme por un futuro que no existe, como hacía antes de que me dieran el fatídico diagnóstico de que mi corazón ya no funcionaba y que precisaba uno nuevo.

Cuestión que el gusano, como lo apodamos con las chicas, desapareció. No se me malentenda, la etapa de la rabia y del instinto asesino quedó atrás; el tiempo, bendito sea su paso, barrió, por mi bien, con esos sentimientos. Sucede que él de igual manera no cuenta entre mis personas favoritas.

Ahora que reflexiono sobre el tiempo, al que tanto le tememos las mujeres, concluyo que es un crisol que depura y que, al final, nos permite ver quién queda y quién se va. No todos los que se van lo hacen de mala manera; algunos forman parte de una coyuntura, la cual, una vez superada, desaparecen con ella. Otros forman parte del “para siempre”. Y creo que mis cinco amigas, las amigas que conozco desde el primario, son mi “para siempre”, mi constante, mis columnas; espero ser lo mismo para ellas.

Doy un vistazo en torno. La casa está lista para recibir a mis invitados. Me he permitido convocar para este festejo tan especial solo a gente especial, personas con las que me siento cómoda y con la que puedo hablar sin tapujos. Vendrán mis cinco hermanas de la vida, con sus parejas e hijos, y la dueña de la galería de arte donde expongo mis cuadros, con quien he trabado una linda amistad. Mis padres ya no están; murieron en un accidente de ruta poco antes de que me diagnosticaran la insuficiencia cardíaca grave y la imperiosa necesidad de un trasplante. De hecho, Lili afirma que, cuando mis padres fallecieron, literalmente se me rompió el corazón. En cuanto a mis dos hermanos, tengo tanta relación con ellos como con el potus que adorna mi living.

Marcho a prepararme; en un rato comenzarán a llegar. Me doy una ducha y me lavo la cabeza, más bien deprisa; eso sí, cuando me planto frente al espejo, me tomo mi tiempo para lo que denomino “mi rito de belleza”. Estando enferma, mientras percibía una desconexión entre mi cuerpo y yo, en la que él me dominaba y me hacía sentir indefensa, conservar todavía el control sobre una parte de él, sobre mi piel, me brindó la posibilidad de combatir la sensación de vulnerabilidad que tanto me desestabilizaba. La disciplina y la constancia, dos virtudes que he aprendido a cultivar para obtener frutos, se convirtieron en los pilares sobre los que se asentó mi plan casi obsesivo por seguir luciendo hermosa y radiante pese a que el corazón se me iba apagando.

Limpio el espejo del vapor y me inclino para observarme de cerca. Me acaricio el rostro, observo las arrugas, las que me salen de sonreír tanto, al menos eso dice Marta para consolarme. Muevo la cara hacia uno y otro lado, y descubro que el tiempo en complicidad con la ley de la gravedad está ocupándose del volumen de mis cachetes, los que comienzan a caer sutilmente. ¿Terminarán al mejor estilo de los belfos de un bóxer? ¿Cuándo acabará esta caída libre? ¿Alcanzará el punto de ser tan perceptible que me cambie la expresión

sonriente por una triste? Me aplico la crema y realizo con más energía de la necesaria el masaje que me enseñó mi cosmetóloga para neutralizar el efecto de la gravedad en mí.

Podría ser peor, me doy ánimos. Sin la rutina en el uso de las cremas y en la aplicación de los cuidados para evitar el sol, hoy podría lucir como un pergamino; en cambio, mi rostro se ve bastante bien.

Sonrío al espejo, convencida de que nada embellece tanto a una mujer como la alegría que la ilumina por dentro y que brota de cada poro de su ser, de sus ojos, de sus labios. Y esta noche, la alegría me desborda, es incontenible.

Mis amigas van llegando; primero Silvia, divorciada y sin hijos; después se presentan Marta y Claudia; llegan juntas –viven cerca-, y acarrean a sus esposos e hijos. Enseguida toca el timbre Liliana, en pareja desde hace años, con mellizos que tuvo después de varios tratamientos de fertilidad que casi la dejan loca y divorciada; y por último Gabriela, que llega con la prole –es la que más hijos tiene; la friolera de cuatro- y su esposo, que, yo ya sabía, traería al hermano menor recién llegado de Estados Unidos, donde transcurrió los últimos veinte años. Ricardo se llama. Lo vi en algunas fiestas familiares, y siempre lo encontré atractivo aunque fuera de mi alcance porque estaba casado con una yanqui. Se divorció y decidió regresar. Quiere abrir una veterinaria aquí. Veterinario. Me gusta. Un hombre que muestra sensibilidad por los animales no puede ser un gusano con las mujeres. ¿O sí? Por lo pronto, me gusta. Me gustan también la sonrisa que me regala y el perfume intenso a maderas que percibo cuando se inclina para darme un beso en la mejilla. “Feliz cumpleaños”, me susurra, y su voz rasposa me provoca un escalofrío. ¿Cuántos años tendrá? Creo recordar que era un poco menor que nosotras. Después le preguntaré a Gabi; yo le calculo unos cuarenta dos, cuarenta y tres.

Al final llega Miriam, la dueña de la galería, con un ramo de flores y una buena noticia: ayer vendió uno de mis cuadros más costosos. Las chicas y yo festejamos con saltos y gritos; los nenes nos miran, solo un momento; ya están acostumbrados a las locuras de sus madres y de sus “tías”.

Pongo música. *I was born to love you*, de Queen, explota en mi sala. Las seis nos echamos vistazos pícaros y nos sonreímos con complicidad. Movemos los muebles y bailamos como adolescentes, transportadas por el poder de la música a los bailes que

llamábamos “americanas” y a los boliches. Bailar y moverme sin percibir agitaciones ni ahogos ni sucumbir a feroces accesos de tos constituye el mejor regalo de cumpleaños.

Miriam, un poco más joven, se nos une en nuestros saltos e intenta imitar las coreografías de la década de los ochenta. Invitamos a los maridos. Silvia, descarada como siempre, lo saca a bailar a Ricardo, que estaba jugando a la Play con sus sobrinos.

Siguen otros temas de Queen. Le toca el turno a uno de mis favoritos, *Crazy little thing called love*. Me la sé de memoria y empiezo a cantarla a todo pulmón. La música me llena de energía y me muevo como cuando tenía quince años. Me parece mentira que no hace mucho me tiraba en ese sillón que ahora luce arrumbado a un costado y me amargaba pensando que nunca volvería a ser la misma. En verdad, no lo soy. Soy una mujer nueva, he mudado de piel, he cambiado, he aprendido el valor de la vida y del paso del tiempo. Soy un ser que adquirió más sabiduría a los trompazos, cuando la vida me enfrentó a la muerte. Sobre todo me enseñó a ubicar dónde está el secreto de la felicidad. Este momento, por ejemplo, es uno de los más valiosos que he vivido en mis cuarenta y cinco años. Si tuviese que morir después de esta noche, no me importaría. Vivir poco, vivir mucho, la cuestión es cómo, ¿dando amor o dando nada? ¡Amor, amor, amor! Mil veces amor. *Crazy little thing called love*, grita el genio de Freddy.

Alzo la vista, y descubro a Ricardo mirándome; parece embelesado, y me siento agradecida con él por ese gesto sincero, por hacerme sentir hermosa y deseable. Y me digo: “Eso es vivir dando amor, ese simple gesto que hace sentir bien a otro”. Le sonrío con timidez, un poco avergonzada. Estoy desatada, lo sé, pero no puedo contener lo que la música y este momento provocan en mí. Se acerca y me inclino cuando hace el ademán de hablarme al oído.

-No puedo dejar de mirarte –me confiesa-. Tu alegría es contagiosa.

-Me gusta contagiar alegría. Gracias por decírmelo.

-Un placer.

Me sonrío, y lo encuentro tan atractivo que por un instante el sentimiento me abrumba. Hacía tiempo que no lo experimentaba.

La música se corta súbitamente. El esposo de Claudia, que acaba de salir de la cocina, nos enfrenta con el gesto desencajado.

-¡Alguien se ha prendido al timbre! –nos informa-. Pero con la música a ese volumen, ustedes, locas, no lo escuchan.

-Es Dora, mi vecina de abajo –conjeturo, y lo confirmo enseguida al pispear por la mirilla. Casi me da risa, la pobre Dora. Clava la vista en la puerta con la mueca de fastidio que es su marca registrada, el gato entre los brazos –pobre gato- y las ganas de comerme el hígado evidentes en sus ojos azules bellísimos.

Tiene algo más de setenta años, y debió de ser una beldad en su juventud. Con las chicas, le envidiamos la piel traslúcida, con delgadas arrugas imperceptibles a menos que te acerques mucho.

-¿No le avisaste que darías una fiesta hoy? –pregunta Lili.

-Obvio que le avisé, y hasta le conté que festejaríamos que me habían dado el alta.

-¿Entonces? –se impacienta Claudia.

-Entonces... –suspiro-. Es una mujer mayor –la justifico-. Tiene más de setenta.

-¡Setenta años al pedo! –exclama Silvia, y nos echamos a reír.

El bautismo

Ahora comprendo por qué Dios, el destino, el cosmos o lo que sea que nos rige, jamás me concedió el deseo de morir. Se empeñó en que viviese y con un objetivo que en estas circunstancias veo con claridad: que hoy experimentase la dicha profunda que me hace sonreír y que mantiene mis pulsaciones a tope desde que me preguntaron si aceptaba convertirme en la madrina de bautismo de Damián Tomás. Lo de Tomás es en honor a mi hijo, muerto hace ya tantos años.

No se puede describir lo que sigue a la muerte de un hijo; es una empresa imposible, pues ¿cómo se describe el vacío? ¿Cómo se describe la nada? ¿Cómo se explica el color negro, o mejor dicho, la ausencia de luz? El dolor abarca cada aspecto de la vida hasta convertirse en una cuestión física, como si el cuerpo desarrollase un nuevo órgano vital que se aloja cerca del corazón y que la acompaña a una adonde sea que vaya. Duele y late; late y duele, y no te permite olvidar por un segundo que has perdido lo más sagrado, lo más importante, lo medular.

Después del accidente de tránsito que se llevó a nuestro único hijo de siete años, mi esposo y yo recomenzamos la rutina con la calidad de los seres inanimados, impulsados por

una inercia que, poco a poco, fue agotándose en él. Dos años más tarde, murió de un cáncer de páncreas fulminante. Lo lloré, pero sobre todo lo envidié. ¿Por qué no se me concedía la dicha de dormirme para siempre y de ese modo acallar el dolor que me recordaba con crueldad que estaba viva, y mis dos amores, no?

Me convertí en lo que hoy llaman una *workaholic*, y me aferré a mi profesión, la medicina. Soy cirujana cardiovascular, y cuando comencé mi especialización, hacía poco que había perdido a mi esposo. Tres años antes me había hecho con mi matrícula de dermatóloga, y como no me bastaba, decidí cambiar y apunté la mira hacia la cirugía cardiovascular, la del corazón. Mi analista sostiene que la elección, si bien inconsciente, es reveladora: el cirujano, armado con su bisturí, en cierto modo encarna a un ser poderoso, con el imperio para dirimir entre la vida y la muerte. En cuanto al corazón... Bueno, el corazón era lo que a mí más me dolía.

Trabajaba sin descanso, estudiaba, asistía a congresos y a convenciones y jamás vacacionaba. Cuando me tomaba un descanso en el hospital, me anotaba en la ONG Manos Que Curan y transcurría un mes operando en lugares inhóspitos, arrasados por la guerra, por una catástrofe natural o simplemente por la miseria. Volvía al ruedo cansada y devastada por las injusticias del mundo, y sin embargo me sentía agradecida pues ese cansancio y esa angustia adormecían mi propia pena.

La carrera desenfrenada en el trabajo y en el estudio no correspondían a un plan metódico como el que habría trazado un médico normal para convertirse en un cirujano de primera línea. Lo mío era mezquindad pura; era como una droga. Así como el heroinómano consume heroína para olvidar que lamenta haber nacido, yo consumía horas de trabajo.

Y no me daba cuenta de lo que el paso del tiempo y mi obsesión operaban en mí: estaban convirtiéndome en una experta. A mi experiencia en el campo de la cirugía, pocos profesionales la poseían. Comenzaron a consultarme, a pedirme que disertara en congresos, que diera clases, que participara en cirugías complicadas, que escribiera artículos para revistas especializadas.

Una mañana, mientras me limpiaba el cutis, me vi por primera vez después de mucho tiempo. Me incliné en el espejo y me tomé unos minutos para redescubrirme como mujer, minutos que jamás me concedía, siempre apurada por llegar al hospital. Las líneas de la frente se habían profundizado, pero esas no eran nuevas; las tenía desde siempre. Sin

embargo, habían aparecido arrugas en el mentón, en los ojos, en torno a los labios, donde las comisuras comenzaban a apuntar hacia abajo, como en una mueca amarga; cuestiones que jamás me habían importado y a las que jamás había destinado un momento ni un pensamiento, de pronto me molestaron. En opinión de mi analista, era un buen síntoma; empezaba a darme cuenta de que no era una máquina y de que estaba viva. A continuación me preguntó: “Además de arrugas, ¿qué te ha dado el tiempo?”. “Dolor”, contesté, y me sentí incómoda con la respuesta; se había tratado de un impulso mecánico, una reacción a la fuerza de la inercia, como cuando te preguntan el nombre, siempre decís el mismo. Mi nombre era dolor, solo que ese día, al dar esa contestación, supe que no era el único. Sí, la vida me había dado dolor, pero me había regalado otras cosas, hermosas, por cierto, y que yo todavía no estaba dispuesta a reconocer.

Semanas más tarde conocí a Julieta y a su esposo Darío. Julieta se presentó en mi consultorio con una pancita de seis meses y los ojos en compota de tanto llorar. Se explicó mayormente Darío, pues la pobre chica no pronunciaba dos palabras sin que la voz se le estrangulase. Asistido por ecografías y estudios, el futuro papá me explicó que se había detectado una malformación congénita en el corazón del pequeño Damián –ya le habían elegido el nombre- y que, si el diagnóstico era correcto, el bebé nacería para morir a menos que se procediese a reparar la malformación en el instante posterior a su nacimiento.

“¡Usted tiene que salvar a mi hijo, doctora!”, exclamó Julieta con acento desgarrador, y me hizo saltar en la butaca. “¡Ya he visto morir a un hijo! No quiero ver morir a otro. ¡No lo acepto! ¡No!”. Darío la consolaba mientras yo le ofrecía agua. Le tomé la presión. Aunque era famosa por mi porte frío y profesional, la fachada comenzaba a resquebrajarse después de haber oído eso de “ya he visto morir a un hijo”.

Más calmada, la pobre chica me contó que cuatro años atrás, Marquitos, su hijo de siete años, había sido atropellado por una cuatro por cuatro mientras daba sus primeras vueltas en bicicleta. La similitud de los hechos y los datos entre mi propia tragedia y la de ese joven matrimonio me despojó de palabras y me anudó la garganta. La cuestión comenzó a tomar un cariz extraño cuando Julieta me contó que padecía de endometriosis de tercer grado, la misma afección que a mí me había dificultado quedar embarazada de Tomás. El milagro que había encarnado Marquitos se había esfumado en pocos segundos,

los que le había tomado a la camioneta golpear letalmente su cuerpecito, igual que con mi adorado Tomás.

Ahora la vida les concedía un segundo milagro ¿y de nuevo para volver a quitárselos? Parecía una broma macabra. La rabia reemplazó al estupor. Habría elevado el puño al cielo y soltado una ristra de insultos a quien sea que maneja los hilos de nuestras vidas.

Les prometí que estudiaría el caso, consultaría con el obstetra y con otros colegas y que intentaría salvar la vida de Damián. Antes de abandonar mi consultorio, Julieta me aferró las manos y me miró a los ojos. “Dicen que usted es la mejor. Pongo a mi Damiancito en sus manos, doctora”.

Como suele ocurrirme, el caso de Damiancito, como comencé a llamarlo, se convirtió en mi nueva obsesión. Estudiaba, consultaba, ensayaba, leía, me informaba. Seguía trabajando, y a mi trabajo lo cumplía con la responsabilidad y el profesionalismo que me caracterizaban; mi mente, no obstante, estaba con Julieta y su hijo Damián. No permitiría que esa joven madre se quedase sin su milagro. Si Dios me había obligado a permanecer en este mundo que carecía de sentido, tenía que usarme para conceder ese don, el de salvar la vida de Damián. Para eso me había dado años y años de experiencia, porque esa ha sido la ventaja de vivir aprovechando el tiempo concedido, convertirme en una gran experta en mi campo.

Llegó el día de la cesárea, y el equipo de cirugía cardiovascular y pediátrica estaba listo para recibir al pequeño apenas naciese y proceder a reparar la malformación que resultaba incompatible con la vida. Se trataría de una carrera contra el tiempo, y nuestros talentos y conocimientos, en especial los míos como jefa del equipo, se pondrían a prueba. Tal vez, durante esos tres meses hasta el nacimiento, había cometido el error de involucrarme emocionalmente con Julieta, Darío y el nonato Damián. Incluso había ido a cenar a su casa en dos ocasiones y había pasado un domingo en la quinta de los padres de Darío, a quienes les faltó poco para besarme los pies, como si ya hubiese salvado al nieto.

Me lo repetía de continuo, que no debía mezclar lo profesional con lo personal, e igualmente me resultaba imposible apartarme de su tragedia; quería estar cerca de ellos. Al final terminé aceptando en el diván que se había convertido en una necesidad imperiosa

verlos felices porque fantaseaba con la idea de encontrar felicidad a través de la de ellos. ¿Se trataría de un espejismo?

Participé de la cesárea, y estuve allí cuando la cabecita de Damián emergió del vientre de su madre. Una emoción que pocas veces he experimentado en mis cincuenta y cinco años me llenó los ojos de lágrimas. Con premura y eficiencia, lo prepararon para la cirugía, que tendría lugar en el quirófano contiguo, en el que estaba todo dispuesto. Yo, antes de partir, me incliné sobre la frente de la recién parida y la besé a través del barbijo. Ella solo me destinó un vistazo cargado de esperanza y me dirigió una sonrisa temblorosa. Le guiñé un ojo y marché tras Damián.

Sorprendí a mi equipo al pedir que me entregasen al niño un momento antes de anestesiarlo y entubarlo. Ya lo habían esterilizado y vendado el trozo de cordón umbilical. Controlaban permanentemente sus constantes vitales, y el corazón comenzaba a demostrar la debilidad con la que había nacido.

Lo mantenía elevado mientras lo estudiaba con una mirada que buscaba evidencias de cianosis y que no era capaz de ocultar la emoción que me embarga al sentir su cuerpecito entre mis manos. Era pequeño y de bajo peso. Tan vulnerable e indefenso. Un amor infinito, tan parecido al que Tomás me había inspirado en un momento similar más de casi treinta años atrás, me colmó de dicha. Entonces, el pequeño Damián entreabrió los párpados hinchados y me reveló un par de ojos verdes iguales a los de mi hijo. Solté una exclamación dentro del barbijo, y una de las instrumentistas, que me había escuchado, se aproximó para ver qué sucedía. “Nada, nada”, balbuceé, sin apartar la vista de los ojos que habían vuelto a cerrarse.

Para un médico, para una persona como yo, acostumbrada a explicar cada hecho de un modo racional y científico, lo que acababa de presenciar me había posicionado en el límite de lo tolerable. Era imposible que un niño con la condición de Damián abriese los ojos; ni qué decir que sus iris presentasen un color tan definido cuando se sabe que, hasta bien pasado un tiempo, los tienen de un color ambiguo, entre el gris y el azul. ¿Estaba volviéndome loca?

Me insté a calmarme. Comenzaba la cirugía, yo era la jefa y debía mantener la sangre fría. “Lo imaginé”, traté de inyectar esa creencia en mi cerebro, como si de un

antídoto se tratase, para aniquilar la imagen de esos ojos verdes que estaba robándome la concentración.

La cirugía duró seis horas. Me sentí orgullosa de mi equipo, y muy agradecida. Se presentaron incidentes que fuimos resolviendo gracias a mi experiencia de años y años en el quirófano y al aporte de mis colegas. Julieta y Darío lloraron cuando fui a la zona de maternidad, todavía con la bata quirúrgica y el barbijo al cuello, para comunicarles que la malformación había sido reparada con éxito y que su hijo estaba bien. Se me escaparon unas lágrimas que me avergonzaron; no era lo que se esperaba de una profesional, pero estaba agotada física y emocionalmente y no tenía fuerza para contenerlas.

Les advertí que las siguientes cuarenta y ocho horas se reputaban cruciales. Los riesgos que acechan a un recién operado son tantos que a veces me pregunto cómo nos animamos a afrontar una cirugía; en un neonato, los riesgos se multiplican. No abandoné la unidad de cuidados intensivos ni me aparté del lado de Damián durante dos días. Las enfermeras y mis compañeros me instaban a descansar, pero yo me limitaba a dormir en una butaca dentro del cubículo donde el pequeño se recuperaba en una incubadora. Quería estar cerca de él y transmitirle mi amor de madre putativa, porque en cierta forma él también era mi hijo; no le había dado la vida, pero había encabezado el equipo que se la había salvado. Me reprochaba esa mezcolanza que estaba haciendo entre sentimientos y falta de profesionalismo. No me importaba. Cada nueva pulsación de Damián, cada nueva inspiración que sus pulmones tomaban por sus propios medios, cada día que pasaba sin fiebre ni complicaciones, era lo que único que contaba.

Julieta se presentó al día siguiente del nacimiento en una silla de ruedas empujada por Darío, y lloramos las tres al constatar que Damián respondía a la voz de su madre y abría los ojitos; eran como debían ser, azulados; nada del verde de Tomás. Resultaba evidente que, presa de un estado emocional muy fuerte, los había imaginado.

La recuperación de Damián sorprendió a todos. Un mes más tarde, le dábamos el alta en condiciones inmejorables; había ganado peso y mamaba con la fuerza de un ternero. Iba a mi consultorio con frecuencia –no quería que volviese al hospital por temor a las infecciones intrahospitalarias- y a lo del neonatólogo, y siempre lo encontrábamos más fuerte y crecido que la vez anterior.

Al final, tuve que darle el alta porque ya no había excusa para seguir viéndolo. Un día, cuatro meses más tarde, Julieta me llamó para saludarme por el día del médico. Me invitó a cenar a su casa. Prepararía lasaña porque se acordaba de que le había dicho que era una de mis comidas favoritas. Esa noche, en casa del matrimonio que desparramaba entusiasmo y alegría a diestro y siniestro, viví tres experiencias que me dejaron muda. La primera, cuando Julieta y Darío me anunciaron que bautizarían a su hijo Damián Tomás en honor al mío; la segunda, cuando me comunicaron que habían decidido que yo fuese la madrina; ¿aceptaba? Porque ellos querían que formase parte de la familia; y por último, cuando Damián se despertó reclamando su ración de leche materna y me lo pusieron en los brazos. Entonces, alzó los párpados y me reveló un par de ojos verdes que volvieron a arrancarme una exclamación. “¿Vio lo que son los ojos, doctora?”, comentó Julieta, y yo me limité a asentir, incapaz de pronunciar sonido. “No sabemos de quién los heredó”, acotó Darío. “Nadie en mi familia ni en la de Julieta tiene ojos verdes”. “Será de algún antepasado desconocido”, barruntó Julieta, y yo susurré: “Será”. Tal vez algún día me atreva a mostrarles una fotografía de mi adorado Tomás y les diga: “Son iguales a los de su ángel guardián”.

Por ahora, disfruto teniéndolo en brazos, a mi ahijado Damián Tomás, recién bautizado en la fe católica, mientras nos miramos fijamente, yo, con cara de boba, sí, ¿para qué voy a negarlo?, y él con el ceño fruncido, como si me preguntase: “¿Qué te pasa, madrina, que me mirás con esa cara de boba?”.

Llegará el día en el que le explicaré que en su existencia y en la felicidad de sus padres reside el secreto del sentido de mi tiempo en este mundo.

El Bar Mitzvá

Carla, mi nieta adolescente, me ayuda a sentarme. Con setenta y cuatro años, me cree decrepita. ¿Doy la impresión de que me convertiré en polvo de un momento a otro? Tal vez; solo que en mí bulle una fuerza inagotable, la misma que me mantuvo con vida en un sitio en el que la muerte y el horror reinaban como dioses todopoderosos. Ese espíritu, que aún se alza con el vigor de la juventud, es ahora reflexivo y paciente; por eso le permito a mi familia que me asista y no me quejo. A este cuerpo, que luce seco y marchitado y da la

impresión de venirse abajo, lo quiero y respeto porque fue mi gran aliado en la carrera para sobrevivir en el campo de concentración nazi Birkenau, más conocido como Auschwitz II.

Me acomodo en la silla. Mis hijos revolotean en torno a mí ofreciéndome el oro y el moro. Yo estiro el cuello y observo a Ariel, el más pequeño de mis nietos, el más mimado, el rey del festejo que acaba de celebrar su *bar mitzvá*. Corretea con sus amigos y primos, feliz, a salvo; él no conoce la extensión de la maldad humana.

Nuestras miradas se cruzan, y viene deprisa hacia mí. Me da un beso en la mejilla, me dice que me quiere y se aleja. Hoy quiero que se aleje, quiero verlo divertirse con sus pares. A veces lo retengo a mi lado para contarle de su familia en Hungría, de su abuelo Mirko, al que no conoció, y de su tío Joel, mi hijo mayor. Quiero transmitirle mi experiencia y mi saber, aunque sé que el aprendizaje de la vida es un don que el tiempo le da a cada uno de manera distinta, y que cada uno lo recibe cuando su espíritu está preparado. A mí me tocó aprender de una manera brutal.

Hoy me conformo con verlo disfrutar del festejo en el que sus padres han puesto tanto empeño. La ceremonia en el templo me emocionó y, aunque soy famosa por mostrarme fuerte e inmovible, algunas lágrimas me traicionaron y rodaron por mis mejillas arrugadas.

Soy húngara, de Budapest. En el 44, cuando tenía veinticinco años, los nazis nos subieron a mí y a mi familia a un vagón empleado para transportar ganado y nos condujeron a Polonia, al infame campo de exterminio de Auschwitz. No entraré en los detalles de ese viaje infernal; solo diré que cada minuto transcurría con la lentitud de un año. Mi madre murió durante la travesía. En el campo, me separaron de mi esposo y de mi padre. A las mujeres y a los niños nos instalaron en otras barracas.

Una vez que nuestras mentes emergieron del estupor y comprendimos lo que estaba sucediéndonos, mi hermana Edith y yo nos juramos salir con vida de esa pesadilla. Edith era bastante menor y no estaba casada, por lo que se dedicaba en cuerpo y alma a ayudarme a proteger a mis dos pequeños hijos, Joel y Judith. Joel enfermó y murió tres meses más tarde, y Edith comenzó a apagarse como si su sobrino le hubiese robado el espíritu al partir.

Un día salió a trabajar –nos usaban para cavar fosas- y por la noche no regresó. Desesperada, pregunté si la habían visto. Unos me dijeron que se había desvanecido y que los soldados se la habían llevado arrastrándola. Nunca volví a saber de ella. Pensé en Edith

cada día desde ese momento. Apretaba los ojos y conjuraba su rostro amado para no olvidarlo. Me aterraba la idea de que sus facciones se desvanecieran en mi memoria para siempre, por lo que la dibujaba en el pensamiento: sus ojos celestes, su nariz delicada, su lunar sobre el labio superior, sus pómulos elegantes, su cabello rubio; era una belleza, mi Edith. Me había convencido de que si olvidaba su rostro sería la ruptura final con mi pasado, con mi país y con la historia trágica de mi familia, y yo no quería soltar el pasado. No podía olvidar.

A principios del 45, los rusos liberaron el campo de concentración, y se me concedió la inmensa gracia de reencontrarme con mi esposo Mirko. Ambos teníamos malas noticias que comunicarnos: yo, la muerte de nuestro primogénito Joel y la desaparición de Edith; y él, la muerte de mi padre en una de las cámaras de gas. Recuerdo que me pidió perdón, como si él fuese culpable.

Debíamos considerarnos afortunados, habíamos sobrevivido nosotros tres, mi pequeña Judith, Mirko y yo, en uno de los campos de exterminio más crueles de la historia de la humanidad. Comenzaríamos de cero, y así lo hicimos. Después de un largo periplo, acabamos en Buenos Aires, donde nacieron nuestros otros tres hijos, que a su vez me dieron tantos nietos, que colman mis días de felicidad. Creo que no fueron mis hijos los que me dieron sentido a la vida, sino los hijos de mis hijos; no sé por qué.

Una tarde de verano, dos años atrás, el 11 de noviembre del 91 para mayor precisión, me llamaron por teléfono. Como hablaban en inglés, le pasé el auricular a mi nieta Sabrina, que es profesora y que afortunadamente estaba en casa. Me contactaban de un centro norteamericano que, aún hoy, se ocupa de rastrear a los cientos de miles de judíos desaparecidos durante la Segunda Guerra Mundial. Mi hermana Edith había solicitado que se investigase qué había sido de mí, y tras años de búsqueda, habían dado con nosotros en Buenos Aires.

Mi nieta me explicaba y yo la miraba como si le hubiese salido un tercer ojo en el entrecejo. ¿Qué me decía Sabrina? ¿Que mi dulce Edith estaba viva y me buscaba? “¡Sí, abuela, sí! Edith está viva y te está buscando”. Terminó llamando a los paramédicos –una exageración- pues según ella estaba a punto de desmayarme. Después de cuarenta y siete años de creerla muerta, me decían que Edith estaba viva. La felicidad me ahogaba. Tal vez tenía razón: estaba a punto de caerme.

Días más tarde, hablamos por teléfono. En realidad, habló su única hija Jacqueline con mis hijos –todos hablan bien el inglés- pues ni Edith ni yo conseguimos articular. Con el tiempo, fuimos ganando compostura y ahora charlamos todas las semanas, los miércoles por la tarde mía, la mañana de ella. ¿Cómo explicar la emoción al oír su voz por primera vez, sus primeras palabras? Esa vez en realidad no se trató de un gran diálogo, pues ella repetía mi nombre una y otra vez, y yo lloraba y lloraba. Han pasado dos años desde entonces, y la emoción no mengua, sino que se renueva cuando en cada llamada evocamos nuestra casa en Budapest, a la cual ninguna ha regresado; o cuando rememoramos las anécdotas domésticas; o cuando nos acordamos del dulce y pequeño Joel y de nuestros padres. Es una bendición hablar en húngaro de nuevo.

Me contó también qué había sido de ella en Auschwitz. El día en el que perdió el conocimiento, los soldados la arrastraron hasta un barracón cercano donde, quiso el destino, se topase con un alto mando de la SS que perdió la cabeza por ella. Incluso delgada y desmejorada como estaba, seguía siendo una beldad indiscutible. Como hablaba fluidamente el inglés y el alemán –había ido a una escuela trilingüe toda su vida-, el hombre la puso a trabajar como traductora de cartas y mensajes. Dormía en una cama bastante confortable, comía tres veces por día y no debía cavar fosas. El precio que pagaba, sin embargo, era alto. El oficial de la SS le robó la virginidad una noche y, desde ese momento, la violó cada día, para luego, embargado por la culpa de haberse acostado con una hebrea, delito que podía costarle el puesto y tal vez la vida, la golpeaba y la culpaba de volverlo loco. No le desfiguraba el rostro sino que le poblaba de cortes y cardenales el cuerpo. Entre sollozos mal reprimidos, le susurré cuánto lo sentía. Ella me respondió: “Nunca olvidaré la humillación que me hizo padecer ese malnacido, pero estoy agradecida con la vida por haberlo puesto en mi camino. Gracias al ascendiente que tenía sobre él, conseguí mantenerlos con vida a ustedes tres, a ti, a Mirko y a la pequeña Judith. Cada vez que veía sus nombres en la lista de prisioneros que marcharían a la cámara de gas, le imploraba, le suplicaba, me sometía, y él los borraba. Lamentablemente, llegué tarde para salvar a papá”. ¡Le debíamos la vida a Edith! ¡Se había sacrificado por nosotros! La revelación me impidió seguir hablando. Mi hijo Moisés se hizo con el teléfono y prosiguió la conversación con su tía.

Distintas razones nos han impedido volver a vernos, pero estamos planeando encontrarnos pronto. Edith viajará a Buenos Aires, o yo iré a Nueva Jersey. Le hice prometer que, así como habíamos jurado salir vivos de Auschwitz, no nos iríamos de este mundo sin volver a abrazarnos. Quiero volver a amarla sabiéndola viva, no como si fuese un recuerdo.

En abril de este año, cuando en Washington se inauguró el Museo del Holocausto, un periodista me visitó en mi casa para que, como sobreviviente de ese pozo de torturas que había sido Auschwitz, pronunciase una opinión. Me preguntó: “¿Cuál es el aprendizaje más importante que le dio la vida?” Le contesté: “El tiempo no ha sido capaz de borrar de mis fosas nasales el hedor de los cuerpos quemados en Auschwitz. El tiempo no ha sido capaz de borrar la impresión que me causaban las muecas enojadas de los oficiales de las SS. El tiempo no ha borrado de mi memoria los gritos desesperados de mis compañeros en la desgracia. Esas cosas me las dejó marcadas a fuego, el tiempo. Pero me dio una cosa y por lo cual estoy agradecida: me dio la tranquilidad de saber que, pese a haber cruzado el infierno más cruel, no perdí la capacidad de amar. Eso es lo único que cuenta para mí. Que la maldad humana no me haya arrebatado mi dignidad de ser humano”.

Es interesante analizar que, si bien el tiempo en la generalidad de los casos nos mejora y fortalece como individuos, no consigue mejorarnos como especie, si no ¿cómo se explica que no haya transcurrido un día desde que empezaron las crónicas de nuestra historia, allá por la época de los sumerios y de los caldeos, en el que no haya habido guerra o matanzas en alguna parte del globo? Ahora, por ejemplo, se está cometiendo un genocidio en los Balcanes. ¿Nada aprendimos de lo que vivimos tan solo cincuenta y dos años atrás?

Abstraída en mis usuales cuestionamientos y cavilaciones, no me doy cuenta de que se ha formado una hilera en torno a mí; son mis hijos y mis nietos que me rodean. Judith, la mayor, que tiene un micrófono en la mano, me trae a la realidad del festejo del bar mitzvá llamándome *anya*, que significa mamá en húngaro. Enseguida me yergo en la silla y percibo el tirón de emoción en la garganta. Es inusual que mi hija me hable en nuestra lengua madre. ¿Qué está sucediendo?

-*Anya* –repite, y sigue hablando en húngaro-, hoy es el bar mitzvá de mi querido sobrino Ariel, y todos estamos tan felices de que él haya celebrado este hito en su vida, que

hemos querido compartirlo con *toda* la familia. Por eso, querida *anya*, hemos invitado a tu hermana Edith y a tu sobrina Jacqueline para que nos visiten en este día de gozo.

Me cubro la boca cuando comprendo la magnitud de lo que Judith acaba de comunicarme. Paseo la mirada acuosa sobre mis hijos y nietos, y percibo la vibración de energía y de emoción que los domina, la misma que a mí. Se rompe la hilera, y mis ojos caen en una Edith de sesenta y cinco años pero que a mí me parece la bellísima jovencita de dieciséis a la que yo tanto amaba, a la que tanto amo.

Carla y Sabrina me ayudan a incorporarme. Lo confieso, me siento un poco floja, pero al ver que Edith, con su delicado rostro empapado en lágrimas, se acerca a mí con paso decidido, me lanzo hacia ella. Nos fundimos en un abrazo y lloramos. Como sonidos lejanos, escucho a Judith que sigue hablando por el micrófono, alguien ha puesto música, se oyen aplausos y vítores, siento manos que me aprietan y acarician. Percibo todo y en realidad no percibo nada. He viajado en el tiempo. En los brazos de Edith, he vuelto a casa.